

aquellos primeros tiempos. Lo mismo sucedía en proporción á sus colegas en el Apostolado, de los cuales solo Santiago, de Jerusalén, llamado el menor, parece se mantuvo fijo en una silla particular. El título especial y preeminente de Pedro no le impidió anunciar el Evangelio en el Ponto, en Galacia, en Capadocia, en Bitinia y en otras muchas provincias del Asia.

Al salir para la capital del mundo, donde había de fijar el trono Pontificio y la primacía del Apostolado, colocó en la cátedra de Antioquía á su discípulo Evodio (el cual gobernó 26 años esta floreciente Iglesia), y llevó á Marcos á Roma con otros muchos de sus discípulos. Desde Roma pasó Marcos después á fundar la iglesia de Alejandría, en nombre de su maestro; y hé aquí el origen de las dos primeras iglesias patriarcales, la una gobernada inmediatamente durante algunos años por el Príncipe de los Apóstoles, y la otra fundada bajo su dirección por uno de sus discípulos más queridos. San Marcos fundó muchas iglesias en Egipto, y como era hombre de extraordinaria piedad y fervor, instituyó aquellos primeros solitarios, que con el nombre de Terapeutas, nombre que conservaron aun después de hacerse cristianos, escitaron más que nunca la admiración de los mismos judíos y de sus más célebres escritores.

Más antes de emplearse San Marcos en esta comisión apostólica, estuvo algún tiempo en Roma haciendo de intérprete y secretario de San Pedro. Escribió allí su Evangelio (1), en el cual, sin sujetarse mucho al orden de los tiempos, recopiló todo lo que había oído al Apóstol, quien revisó la obra y la dió su aprobación; y por esto algunos Padres de la Iglesia han atribuido este Evangelio al Vicario de Jesucristo. Dice San Juan Crisóstomo que su brevedad es muy conforme

(1) S. Hieron. de Scriptor. Eccles.

al genio de San Pedro que le gustaba hablar poco. Échase de menos el elogio que el Salvador hizo de este Apóstol cuando le confesó por Hijo de Dios, porque la humildad de Pedro, que después de su penitencia fué siempre su virtud predilecta, le hacía suprimir todo lo que pudiese adquirirle honra. Por el contrario, en este Evangelio se refiere muy á la larga su caída y flaqueza en negar tres veces á Jesucristo. Este Evangelio se escribió en griego, que era la lengua del comercio en todo el Oriente, y tan comun aun en Roma, que hasta las mugeres la hablaban con facilidad.

San Marcos compuso también, ó á lo menos tradujo, la primera Epístola de San Pedro dirigida á los fieles del Ponto (a), de Bitinia, de Galacia y de Capadocia. Denota en ella á Roma figuradamente con el nombre de Babilonia, como que era el centro de la idolatría y de toda la corrupción que trae consigo. En esta Epístola se observa una magestad y una energía dignas del Príncipe de los Apóstoles.

Glaucias, de quien el heresiarca Basíldes se preciaba de ser discípulo, sucedió á San Marcos en la cualidad de intérprete del Padre comun de los fieles, á quien la vigilancia sobre todas las iglesias no dejaba tiempo para traducir lo que escribía. El Evangelista San Marcos murió mártir en Alejandría, el año 68 de la era cristiana, después de unos cinco años de Episcopado, y le sucedió Aniano.

Se señala con más verosimilitud hácia el tiempo en que San Pedro vino la vez primera á Roma la dispersión general de los Apóstoles por todo el universo (b). Pero antes de separarse compusieron un símbolo ó fórmula comun de fé, que sirviendo de

(a) Esta carta parece fué escrita el año 60 de Jesucristo, casi al mismo tiempo que Santiago el menor escribió la suya. (N. del E.)

(b) Téngase presente lo que dijimos en la nota de la pág. 25, en lo cual insistimos. (N. del E.)

lazo de unidad distinguiese á los fieles creyentes de los judíos y herejes, y esto es lo que llamamos el Credo. Debíanle saber de memoria todos los católicos, aunque en el modo variaban algunas de sus palabras en muchas iglesias. Santiago, llamado el menor, para distinguirlo del otro Apóstol del mismo nombre que se cree tenía más edad, se quedó en Jerusalén, de cuya iglesia fué constituido primer obispo por Pedro y sus colegas. Vivía frecuentemente en esta ciudad San Pedro, y desde allí hacia sus correrías apostólicas á provincias muy distantes. Penetró hasta el país de los Partos, donde se presume que convirtió á muchos; pues su primera Epístola llevaba antiguamente el nombre de estos pueblos, á los cuales iba dirigida. San Andrés fué á predicar á los Escitas, y de allí vino á Acaya en la Grecia, donde fué martirizado: su nombre es muy venerado entre los rusos, que poseen el país de los antiguos Escitas. En Jerápolis de Frigia murió San Felipe, después de haber predicado en el Asia mayor; pero se ignora si vertió su sangre por la fé, y lo mismo podemos decir de otros Apóstoles, si bien merecieron la corona del martirio por el anhelo de su corazón por recibirle y por sus inmensos trabajos. Santo Tomás anunció el Evangelio en toda la vasta extensión del imperio de los Partos, y aun en la India Oriental, donde los portugueses aseguran haber encontrado su cuerpo, que han trasladado á Goa. San Bartolomé ejerció su celo en la Armenia mayor, y en la parte occidental de la India, á donde llevó el Evangelio de San Mateo, el más antiguo de los cuatro, y del cual se sirvió así como la mayor parte de los Apóstoles.

Escribiólo el autor á instancias de los fieles de Judea (1), y en atención á ellos lo

(1) Véanse San Jerónimo de Scriptor. Eccles.; San Ireneo, lib. 3, cap. 1; San Atanasio, in Sinopsi.

escribió en el idioma hebreo, que entonces se usaba en Palestina, y era una mezcla de siríaco y caldeo. Mas se tradujo al griego, teniendo esta traducción igual autoridad y generalizándose mucho más que el original; de suerte que el texto siríaco que hoy existe, y todos los demás textos hebraicos del Evangelio de San Mateo, no son el original primitivo, sino traducciones de la versión griega. Este Apóstol evangelista predicó á los etíopes, á quienes edificó con su extraordinaria abstinencia sustentándose solo de yerbas y legumbres.

Trabajó en Mesopotamia y en Persia San Simón, llamado el Cananeo ó el Celóta: San Judas Tadeo llevó el Evangelio á la Arabia, á la Idumea, y quizá también á la Mesopotamia; pero no debemos confundirle con Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos que convirtió á Abgar, rey de Édesa: este Apóstol es el autor de una de las Epístolas canónicas. No cabe duda de que San Matías predicó en la Etiopía; pero nada se sabe por menor de sus trabajos ni acciones. Carecemos también de noticias más individuales de lo que hicieron la mayor parte de estos ilustres enviados del Dios hecho hombre, y nada más puede asegurarse fuera de lo que se refiere en los libros sagrados, y de lo poco que hemos dicho sin dar crédito á historias apócrifas (a).

Por lo que hace á los doctores especiales de los gentiles, San Pablo y San Bernabé, el libro de los Hechos de los Apóstoles, escrito por San Lucas, nos da suficiente conocimiento de la gloria de sus trabajos, sino para satisfacer una curiosidad poco digna de las atenciones de un autor inspirado, á lo menos para prepararnos un ancho campo á la piedad y á la instrucción.

(a) Entre estas no debe contarse la predicación de Santiago en España. Ya hemos dicho los sólidos fundamentos en que se apoya. Véase la nota de la página 27. (N. del E.)

Este santo Evangelista (1), antes de comenzar á describirnos los viajes de Pablo y Bernabé, nos refiere que un discípulo llamado Agabó, dotado del don de profecía, había predicho en Antioquía que una hambre horrible desolaría el Oriente, y despues todo el imperio romano, de que aquel formaba parte (a), y que á consecuencia de esto creyeron los fieles que debían cuidar con especialidad del alivio de sus hermanos de Judea, donde los cristianos, perseguidos mas que en parte alguna, tendrían tambien mucho mas que sufrir. Recogieronse pues limosnas por medio de una cuestación muy considerable, que es la primera de que se habla en la historia del cristianismo. Convenia echar mano de hombres de autoridad y confianza para recoger y distribuir estas limosnas, por lo cual eligieron á Bernabé y á Saulo, los cuales, despues de haber empleado algunos meses en consolar á los fieles de Jerusalem afligidos por la miseria y por la violencia de las persecuciones, regresaron á su floreciente mision de Antioquía. Un dia en que los diferentes obispos agregados al clero de esta iglesia, segun la costumbre de aquel tiempo, estaban reunidos con sus ministros inferiores para celebrar los divinos misterios (2), la voz de Dios se dejó oír interiormente de todos los grandes hombres de aquella cristiandad, y entre otros de Simon Niger, de Lucio de Cirene, y de Manahen, hermano de leche del Tetrarca Herodes. "Separad á Saulo y á Bernabé, les dijo el Espíritu Santo, para la obra á que los he destinado." Ayunaron todos y puestos en oración les impusieron las manos y despues los enviaron á donde el Espíritu Santo los llamaba. Desde entonces Saulo presidió á Bernabé de quien has-

(1) Act. Apost. 11.

(a) La hubo efectivamente en tiempo del emperador Claudio.

(2) Act. Apost. 13.

(N. del E.)

ta entonces habia sido socio y cooperario; como que habiendo sido nombrado el primero por la voz del Señor, le declaraba así principal ministro de la conversión de los gentiles.

Créese comunmente que entonces fué arrebatado San Pablo hasta el tercer cielo, donde no solo le comunicó el Señor las luces que necesitaba como doctor de todas las naciones, si que tambien le reveló cosas imposibles de alcanzar á la humana inteligencia. Mas permitió el Señor que estuviese sujeto á las molestas tentaciones de la carne para que conservase la virtud de la humildad, no menos necesaria á los ministros Evangélicos que la ciencia; ó como dice él mismo (1), para que la sublimidad de sus revelaciones no le inspirase un alto aprecio de sí mismo. El humilde y piadoso Apóstol juzgó que ademas de las tareas del apostolado debia emplear el trabajo de manos, las mortificaciones corporales, y todas las obras de piedad y penitencia, para no condenarse al mismo tiempo que convertia á los otros.

Saulo y Bernabé (2) llevaron consigo á Juan Marcos, no el Marcos Evangelista, sino primo de Bernabé, é hijo de aquella piadosa viuda en cuya casa se refugió San Pedro al salir de la prision; y fueron los tres en derecha á Seleucia de Siria, así llamada para distinguirla de otra del mismo nombre situada en el continente del Asia mayor. La de Siria tenia un puerto en el Mediterráneo, y creyeron estos operarios apostólicos que todavia no era tiempo de detenerse allí, y se embarcaron para la isla de Chipre. Mas luego que hubieron puesto el pié en Salamina, una de sus principales ciudades, comenzaron á predicar el Evangelio en la Sinago-

(1) II. ad Corint. 12.

(2) Act. Apost. 13.

ga. Tal fué la conducta del Apóstol en todas sus misiones: primero anunciaba la doctrina de la salvación á los hijos dispersos de la casa de Israel, y si estos se manifestaban indóciles, buscaba su consuelo y la gloria del Señor en la sencillez de los gentiles. Recorrieron toda la isla siguiendo este método los dos predicadores, y llegaron por fin á Pafos, que era la capital donde residia el procónsul romano Sergio Paulo.

Habíalos dado á conocer su reputación antes que llegasen, y el procónsul ansiaba oírlos, mas por un deseo sincero de conocer la verdad que por la curiosidad de ver las maravillas que se referían de ellos. Este ilustre romano era un hombre sabio, justo apreciador de la virtud, de buenas costumbres y muy instruido; pero tenia consigo á un mágico ó impostor llamado unas veces Barjesú y otras Elimas, que fingía ser profeta, y se mostraba enemigo de los progresos del Evangelio, porque era judío de origen. La primera vez que el procónsul vió á los Apóstoles se halló presente Elimas, é hizo todos sus esfuerzos para impedir que el romano abrazase la fé. Pero habiendo el Señor castigado á aquel embustero con una repentina ceguera, se convirtió el procónsul de todo corazón. Desde entonces tomó Saulo el nombre de Pablo ó Paulo, y segun opinan varios autores hizolo así en memoria del triunfo obrado por la gracia en una conversión tan ilustre; ó como dicen otros mas verosimilmente, porque habiendo de trabajar principalmente el Apóstol de las naciones en el imperio romano, latinizó su nombre para que le escuchasen las gentes con menos repugnancia.

Embarcóse despues en Pafos con Bernabé y Juan Marcos, y aportaron á Perge en Panfilia (1), donde parece que los judíos carecian de Sinagoga, y solo estuvieron allí

(1) Act. Apost. 13.

de paso. Como sus viages habian de ser muy largos, antes de internarse en aquel pais enviaron á Jerusalem al jóven Marcos para que acompañase á su madre, porque no tenia ó creía no tener fuerzas para seguir á los Apóstoles. Bernabé su pariente hubiera querido detenerle; pero San Pablo, por el contrario, mostró deseo de que se retirase, por creerle pusilánime y poco firme para acompañarlos. El Apóstol siguió su camino con Bernabé, y llegaron á Antioquía de Pisidia, ciudad grande aunque inferior á la capital de Siria. Residian allí muchos judíos y tenían Sinagoga. El dia del sábado acudieron los dos Apóstoles á la asamblea, donde por lo comun se reunían con los israelitas muchos gentiles que adoraban al verdadero Dios. No se ofrecían sacrificios ni las otras ceremonias solemnes de la ley mosaica en estos templos edificados fuera de Jerusalem, los cuales solo servían para orar en común y para explicar la ley y los Profetas. Cuando se presentaba alguno de los hermanos que venía de otra parte y gozaba opinión de instruido en la ciencia de la Religión, los doctores de aquella Sinagoga le cedían su lugar, y le rogaban dijese alguna cosa para la edificación de los hermanos; y como San Pablo pasaba plaza de elocuente, le convidaron á que predicase en aquella Sinagoga.

El Apóstol utilizó una ocasión tan oportuna para anunciar á Jesucristo. Levantóse al momento, é imponiendo silencio con la mano les dijo (1): "Vosotros, oh hijos de Israel, y todos los que teméis al Señor, de cualquier nación que seáis, oídme con la atención que merecen las cosas que voy á anunciaros. El Dios que libertó á nuestros padres cuando yacían cautivos en Egipto, y que privilegió á nuestra nación con una larga serie de prodigios, honró especial-

(1) Act. Apost. 13.

mente á la familia de David, ofreciendo que de ella naceria el Salvador de su pueblo. Pues bien: esta grande promesa, confirmada por tantas profecias, acaba de cumplirse en la persona de Jesus Nazareno. De él dió el mas honroso y solemne testimonio Juan (cuya escelencia de virtudes hizo que fuese tenido por el Mesias), declarando que no se creia digno de desatarle la correa de su calzado. A vosotros, hermanos, hijos de Abraham que heredásteis el temor del Señor, y á vosotros todos los que adorais al verdadero Dios, se anuncia hoy la doctrina de la salvacion, pues los habitantes de Jerusalem, seducidos por sus doctores y gefes, desconociendo á este Señor, y las profecias que se leen todos los sábados, las cumplieron con haberle condenado, cuando sin hallar en él causa de muerte, no obstante pidieron á Pilatos que se le quitase la vida; y despues de haber ejecutado todas las cosas que de él estaban escritas, descolgándole de la cruz le pusieron en el sepulcro. Mas el Todopoderoso, segun lo habia predicho, no toleró que la humanidad sagrada de Jesucristo experimentase la corrupcion, é hizo que resucitase lleno de gloria al tercero dia de su muerte. Vosotros no sois culpables, porque hasta ahora no ha dado en vuestros ojos la luz de la verdad; pero temblad si de aquí adelante los cerrais para no verla; temed no caiga sobre vosotros la maldicion fulminada por los profetas contra cualquiera que no reconozca la grande obra del Señor que se ha cumplido en nuestros dias."

Concluido este discurso retiráronse en silencio los que le oyeron, entregados á una profunda reflexion y ocupados sus ánimos en pensamientos muy diversos. Habíalos conmovido principalmente la exactitud y fuerza con que el Apóstol habia mostrado la conformidad de los divinos oráculos, que hablaban del Mesias, con la muerte y re-

surreccion de Jesucristo. Llenáronse de alegría las almas justas; pero como en todas partes fascinaba á los judios la idea de un Mesias que habia de restablecer la gloria temporal de su nacion, y se obstinaban mas y mas en no reconocer al que los príncipes del pueblo habian condenado ignominiosamente, la mayor parte de los judios de Antioquia concibieron una furia violenta al oír proclamar como tal á un Redentor crucificado; pero unidos á los que estaban bien dispuestos, rogaron á San Pablo tornase á tratar de la materia en el siguiente sábado, con el fin de prepararse mejor á contradecirle é inutilizar por todos medios su elocuencia. Siguieron sin embargo á los Apóstoles desde aquel momento muchos piadosos israelitas y gentiles temerosos de Dios.

El dia señalado para la discusion concurren casi todos los habitantes de la ciudad, donde parece que el conocimiento de un Dios criador de todas las cosas era muy comun, aun entre los ciudadanos mas distinguidos. Opusieron desde luego sus vanas razones los doctores de esta Sinagoga, y tardaron poco en manifestar su debilidad, recurriendo desenfrenados á las injurias y blasfemias. Entonces Pablo y Bernabé les dijeron: "Convenia que vosotros fuésteis los primeros á quienes se anunciase la doctrina de la salvacion; pero ya que la despreciais, nos dirigiremos á los gentiles, segun el precepto del Señor." Causaron un gran efecto en los gentiles estas pocas palabras, y las conversiones se multiplicaron, no solo en la ciudad, sino en otros lugares muy distantes. Mas para espeler á los predicadores del Evangelio se valieron los judios de todo su crédito, y especialmente del influjo de muchas mugeres nobles que pasaban por devotas; pero ellos sacudieron el polvo de sus pies (1) contra los obstinados, segun

(1) Act. Apost. 13.

la práctica que sus colegas habian aprendido del Salvador, y se retiraron á Iconio.

Aquí tambien, como en Antioquia, concurren á la Sinagoga (1), y echando en olvido lo que acababan de padecer por la predicacion de la fé, la publicaron con mayor esfuerzo. Bendijo el Señor este generoso celo, y un gran número de judios y gentiles abrazó la verdad. Los circuncisos é incircuncisos frecuentaban casi igualmente la Sinagoga de Iconio y las de todas las provincias, disponiéndolo así la Providencia para preparar el camino del Evangelio por medio de los israelitas, que estendian por todas partes el conocimiento de un solo Dios entre los griegos y romanos desengañados ya de los absurdos del politeismo y de la idolatria. Mas sin embargo de esto, los judios inerédulos sublevaron contra los operarios evangélicos á los habitantes de Iconio, donde á pesar de todo permanecieron siete ú ocho meses. Contrarestaban poderosamente á los esfuerzos de sus enemigos los grandes milagros que el Señor se dignaba obrar por sus manos, y su constancia se vió recompensada con copiosos frutos. Hizo San Pablo una muy ilustre conversion, entre otras, en la persona de una virgen nobilísima llamada Tecla. Renunció esta generosamente al enlace de uno de los jóvenes mas principales de la ciudad á quien estaba prometida, despreciando todas las comodidades que le ofrecia por la humilde y santa virginidad cuyo inestimable valor acababa de conocer. Su prometido esposo trocó entonces en furor todo su cariño, y trabajó para que fuese la primera de su sexo que lograra la corona del martirio. Dividióse la ciudad de Iconio en dos partidos, el uno en favor de los judios y el otro en favor de los Apóstoles; los cuales, viendo el momento en que los infieles iban

á precipitarse en los mayores excesos, quisieron evitarles este crimen y siguieron su camino á la provincia de Licaonia.

Predicaron en Listra, en Derbe y en todos los lugares circunvecinos. San Pablo observó en Listra que un cojo de nacimiento le escuchaba con aquella fé viva que Dios recompensa con los favores mas singulares: entonces el predicador dirigió la palabra al enfermo y le mandó que se levantara: hizolo así, y comenzó á andar. A vista de este prodigio esclamó la multitud: "Los dioses en figura humana han descendido del cielo á conversar con los hombres." Segun los delirios de la antigua mitología, juzgaban advertir en los Apóstoles una nueva metamorfosis ó transformacion de sus divinidades, y dieron á Bernabé el nombre de Júpiter, por su mayor edad y buen aspecto, y á Pablo el de Mercurio, intérprete de los dioses, á causa de su elocuencia. En un momento se apoderó de todos los espíritus este loco pensamiento; de tal suerte, que el sacerdote de Júpiter corrió á su templo con gran multitud del pueblo, y condujo unos toros coronados de flores para sacrificarlos á los Apóstoles. Pero estos, fieles dispensadores del poder del cielo, mostraron su horror con las mas evidentes señales. "¿Qué es lo que haceis, hombres ciegos, esclamaron? Nosotros somos mortales, en todo semejantes á vosotros, que intentamos enseñaros con obras, de que el Dios supremo es el único autor, la necesidad de renunciar á esos sacrificios impíos y de convertirnos á este Dios infinitamente grande y bueno, que ha criado el cielo y la tierra y todas las cosas." De este modo, y no sin mucho trabajo, estorbaron que se les ofreciese el sacrificio.

No se habian aún calmado enteramente los sacrificadores cuando llegaron de Antioquia é Iconio algunos diputados de las Sinagogas que se manifestaban mas irritados

(1) Act. Apost. 14.